

2 **Voces femeninas del mundo cauchero**

Índice 2.1 El silencio de las fuentes. – 2.2 Picadoras, trabajadoras e indias horizontales. – 2.3 Uniones sin papeles. – 2.4 Hijos de la selva. – 2.5 Guías en las exploraciones. – 2.6 Sobre la violencia cotidiana.

2.1 El silencio de las fuentes

En la reconstrucción histórica de las luces y sombras del período gomero percibimos una constante significativa. Con grados variables de nitidez, la imaginería cauchera traza la imagen de un paisaje selvático y una industria construidas a partir de una mirada hipermasculinizada. El universo del caucho, en efecto, parece ser un mundo exclusivo de hombres. Poco o nada sabemos de las mujeres criollas, europeas o indígenas involucradas de una u otra forma en la maquinaria cauchera: desde las picadoras que extraen la materia prima en la selva profunda hasta las propias compañeras de los caucheros, o bien la dama europea que dirige la barraca y organiza eventos sociales en los clubes del norte boliviano. En efecto, en la percepción canónica de la historia gomera la mujer está representada como un actor menor, transparente, casi invisible, olvidado, relegado o en todo



Figura 9 Emilia Bickel de Hecker sobre bolachas de goma en una barraca. Principio siglo XX. Álbum n.º 9. Fuente: archivo privado Hecker Rojas, Riberalta

caso mencionado de forma lateral, oblicua o indirecta. La misma percepción encuadra las fotografías e imágenes de la gesta extractiva: ocultas, a lo lejos, sin nombre propio y a veces hasta sin rostro, las mujeres de la goma elástica pasan casi desapercibidas para la historia de la región, oscilando entre el anonimato y la participación menor como actrices de reparto.

Un testigo confiable como el viajero italiano Luigi Balzan, que recorre la región amazónica boliviana entre 1892 y 1894 e incluso publica varios escritos científicos al respecto en el *Boletín de la Sociedad Geográfica Italiana*, anota:

Los habitantes civilizados de Reyes son generalmente ociosos. Los hombres, o son gomereros que vienen por algún negocio y pasan el tiempo en dar vueltas de casa en casa a menudo emborrachándose; o están establecidos en el pueblo como estancieros y entonces se abandonan completamente al ocio, al aguardiente, al juego y hasta las peleas de gallos. *Las mujeres, en general, se dedican al pequeño comercio, venden azúcar, manteca, alguna vez pan y velas que fabrican ellas mismas sumergiendo varias veces en el cebo la mecha de algodón.* (Balzan [1885-1893] 2008, 173; énfasis añadido)

El testimonio no sólo destaca la presencia de las mujeres sino que intuye su magnitud demográfica. Sin embargo, más adelante, agrega que esta participación femenina en la industria es de un orden diferente: «Al citar las barracas, di siempre el número de hombres que trabajan en las estradas; sin embargo, para calcular aproximadamente la población, es necesario duplicar este número para incluir las mujeres, los empleados, etc.» (219). O sea que, incluso para un observador lúcido como el naturalista italiano, que discierne el papel de las mujeres, los hombres se contabilizan -porque son protagonistas palpables, mensurables, al fin y al cabo esenciales-, pero a las mujeres, como a los empleados anónimos, basta con deducirlas.

Más allá de como quiera interpretarse, esta pequeña muestra que nos ofrece la anécdota de Balzan nos sugiere que es preciso refinar la reconstrucción del entramado sociológico de la industria cauchera. Es indudable que, mientras crece la industria del caucho, entran en escena nuevos actores sociales. En primer lugar, surgen grandes empresas comerciales dedicadas a la importación y exportación de la goma, como la Casa Suárez, Vaca Díez, Braillard & Co., Roca o Velasco & Henicke. Estas firmas desempeñan el mismo papel regional que las casas *aviadoras* de Brasil: adelantan mercadería o dinero en efectivo a los productores a cambio de un compromiso de provisión de goma elástica. En segundo lugar, encontramos a los pequeños patronos, que cuentan con sus propias barracas y personal pero no disponen de capital propio, por lo cual deben recurrir al mismo sistema de 'habilito' que los trabajadores rasos. En tercer lugar tenemos a los llamados 'fregueses', que no tienen tierra ni capital pero sí algún personal a cargo, como por ejemplo los inquilinos de barracas pertenecientes a terceros, y que participan igualmente del sistema de adelanto de mercaderías por goma. Finalmente están los peones contratados, que trabajan para un patrón por un sueldo fijo, o bien los sirangueros que lo hacen para saldar la deuda contraída en mercaderías (Stoian 2005; Vallvé 2010).

De esta manera, se conforma progresivamente una fuerza de trabajo cada vez más heterogénea, compuesta por población mestiza, por migrantes nacionales y hasta extranjeros, pero también, cada vez más, por poblaciones indígenas: cavineños, araonas, caripunás,

trinitarios, mojeños, baures, movimas, entre otros. Pese a lo que suele creerse, las relaciones entre caucheros e indígenas no fueron siempre iguales, ni todos los grupos étnicos reaccionaron de la misma manera ante el avance colonizador (Córdoba 2012; Guiteras Mombiola, Córdoba 2021). Hubo grupos que se comprometieron activamente con la industria, como araonas, baures, trinitarios o cavineños; otros grupos que tan sólo fueron proveedores más o menos ocasionales de alimentos para las barracas, como los chacobos, y aquellos otros, como los pacaguaras y los caripunás, que oscilaron entre el comercio y el conflicto abierto con el frente extractivo.¹ Pero, más allá de la eventual estrategia de cada parcialidad, lo cierto es que la industria gomera se apoyó en una demanda cada vez más significativa de mano de obra nativa, y la crónica del explorador sueco Erland Nordenskiöld lo ilustra de forma directa y casi impiadosa:

En Benjamín me preguntan si hay muchos muchachos entre los chácobo. Estimado lector, ¿sabe usted lo que quiere decir eso? “¿Se justifica ir hasta allí y robar esos niños para educarlos como peones?” [...] La presa de los saqueadores son los niños. Cualquiera que conozca los bosques de caucho puede confirmar que esto es cierto. Yo mismo he conocido un hombre bastante agradable y apacible que ganaba su buen dinero con este tipo de caza [...] Justificaba su comportamiento en que esos indios de la selva no eran cristianos como él. Otro blanco que conoce muy bien los bosques de caucho, una vez, al tiempo que condenaba estas infamias, me dijo encogiendo los hombros: “*Sin indios no hay industria del caucho*”. (Nordenskiöld [1922] 2003, 124; énfasis añadido)

La observación del sueco refleja la voracidad de la maquinaria extractiva que, en una región de difícil acceso, requiere la afluencia y la fijación cada vez más importantes de una fuerza de trabajo que resulta imprescindible para explotar las estradas cotidianamente rayando la goma, pero también para regentear las barracas, para transportar la mercadería y el producto a remo a través de los ríos y las cachuelas, y hasta para intercambiar mercaderías por cultivos con las poblaciones nativas a fin de sostener en el terreno a los trabajadores.

¹ Para comprobar la variedad de este abanico de respuestas, ver Córdoba 2015a.

2.2 Picadoras, trabajadoras e indias horizontales

La contribución criolla e indígena a la industria gomera boliviana está relativamente bien documentada en una serie considerable de estudios contemporáneos.² Sin embargo, la mayoría de las veces persiste el sesgo particular que aquí procuramos analizar. En efecto, se trate de relatos de viajeros, exploradores, militares, naturalistas, industriales, políticos o hasta los propios misioneros que recorrieron y trazaron la geografía de la región, las fuentes nos presentan un escenario social en el que la mujer no aparece o es presentada de forma lateral. Una cita del relato de viaje del ingeniero americano Neville Craig nos alerta sobre los matices en esas ausencias:

Sabíamos que Arauz tenía a su mujer en Caldeirao do Inferno, porque la mano de ella era evidente en los pequeños detalles de nuestra estadía; *pero nunca la vimos*. La esposa de Mercado estaba con él en San Antonio, donde construyó una casa. La esposa de Oyola estaba ausente en un viaje largo y tedioso para visitar amigos y *consequir peones*. (Craig 1907, 252; énfasis añadido)

De forma similar, el testimonio del médico boliviano Elías Sagárnaga ofrece una visión parcial del funcionamiento cotidiano de la maquinaria gomera:

En Rurrenabaque volvimos a palpar la esclavitud, bajo una forma original, como decía el ministro señor Montes, *la del crédito, comprendiendo a mujeres y peones, a quienes los barraqueros les dan cuanto piden en mercaderías y a precios increíbles*, disponiendo de esa manera de su vida y de su persona a su antojo, no pudiendo ellos fugarse, porque se les persigue y cuando son hallados, los gastos ocasionados por la persecución redoblan la cuenta, a más de ser horribilmente flagelados. Se conforman pues esos pobres seres en trabajar toda su vida al lado del amo, cancelándose sus cuentas solo con la muerte. (Sagárnaga 1909, 39; énfasis añadido)

Se trate de picadoras, lavanderas, hilanderas, parteras, aguateras o cocineras, la mayoría de los testimonios en los que asoma la figura de la mujer cauchera suele escatimar los detalles sobre su identidad personal y, a excepción de unos pocos casos, el rasgo más llamativo de su caracterización es el anonimato completo. A lo sumo, como puede comprobarse en el relato de Craig, las mujeres son referidas

² Ver, por ejemplo, Vallvé 2010; Van Valen 2013; Córdoba 2015b; Guiteras Mombiola, Córdoba 2021.

fundamentalmente como ‘esposas de’ Fulano o Mengano. El escritor Juan Bautista Coímbra ([1946] 2016, 138) describe de forma pintoresca a estas mujeres anónimas:

Las mujeres, casi desnudas, diariamente lavadas, el pelo aceitado y aromado con balsamina y esencias del monte, crecían robustas y esquivas, rematadamente montaraces. Trabajaban en todo y no temían a nada. Agarraban los sapos de una pata y aplastaban con el talón a las tarántulas.

Delante de las barracas, agrega Franz Ritz, las mujeres de los sirin-gueros solían cocinar en cuclillas al aire libre alrededor del fuego, con sus niños más pequeños en la espalda o bien en el pecho. Por su parte, las lavanderas se reunían agachadas en el río con el agua hasta la cintura para hacer la ‘gran colada’, rodeadas por las prendas lavadas que ponían a secar en el suelo y los arbustos cercanos:

Como es usual entre las lavanderas, también las representantes cobrizas del gremio charlaban y reían animadamente. Por debajo de las pestañas negras disparaban miradas furtivas a nosotros, los recién llegados. Nos acercamos a las mujeres. Inmediatamente se cubrían el torso desnudo, lo que no habían hecho antes cuando pasaron otros indígenas o también un empleado blanco de mayor edad. En la tarde nos presentaron a la mujer de un *mayordomo*. La dama de piel roja nos recibió con mucha amabilidad. Una vez que se había puesto rápidamente un bello *tipoy* (vestido similar a una camisa), nos ofreció una taza de café. Con mucho alboroto se correteaba a niños, perros, gallinas y un joven chanco de monte fuera del pequeño “salón”. (Ritz [1934] 2015, 82-3)

A la hora de describir la existencia de las mujeres caucheras, podríamos por fin incluir la categoría específica de las prostitutas, que no siempre son mencionadas en los documentos. El mismo Ritz recuerda en su diario que en Belém do Pará abundaban las ‘amigas’:

Pero uno las consigue igualmente sin necesidad de guía, ya que se ofrecen sobradamente por sí mismas. Las más graciosas son los ejemplares negros que se echan polvos de tocador blanco y adquieren así un color ceniciento. Se visten bastante bien y a menudo con elegancia, en la cual los marcados encajes quebrados tienen un gran papel. En el pelo lanoso por encima de las orejas y en los exuberantes pechos se ponen una orquídea u otra flor, de ser posible blanca o roja. Los colores de los vestidos raras veces son subidos de tono. Prefieren colores intermedios como rosa, verde claro, violeta y celeste. Todo este colorido compone un lindo paisaje urbano. (50-1)

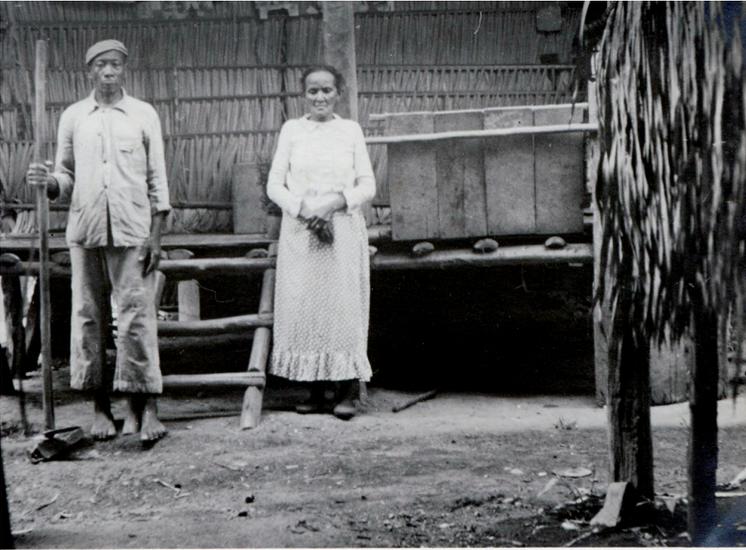


Figura 10 *Seringueiro y su mujer cerca de la casa, noviembre 1938.*
Fuente: colección Jehan Vellard, Universidad Austral, Buenos Aires

Sin destacar tanto como en los grandes emporios gomeros como Pará o Manaos –donde abundaban las coristas polacas judías, los burdeles flotantes, las tinas llenas de champagne y el pago en libras esterlinas, oro y diamantes–, las meretrices bolivianas son llamadas ‘indias horizontales’ por el viajero español Ciro Bayo, que observa que adornan los collares con las libras esterlinas que reciben de los clientes:

Las únicas esterlinas que aquí se ven las llevan algunas indias horizontales en sus collarettes, lo que no significa abundancia del rico metal, sino que éste es tan caro que se lo emplea como adorno y dádiva de amante.³ (Bayo 1911, 281; cf. Woodroffe 1914, 15)

De esta manera, cuando releemos con atención las fuentes podemos vislumbrar casi al fondo del escenario, retratadas de forma oblicua, lateral, a veces descuidada, a toda una gama de mujeres

3 Aunque no asocia directamente el hecho con la prostitución, Feichtner describe los mismos adornos femeninos en un carnaval selvático de 1899: «Todos con trajes muy blancos, y las mujeres de ascendencia española, mestizas e indígenas con sus respectivos trajes. Algunas de las indígenas llevaban un collar de libras inglesas engarzadas alternativamente con auténticas perlas de oro» ([1897-1915] 2013, 43).



Figura 11 Mujeres acarreado agua, Misión Cavinás, 1914. Fuente: colección N. Erland Nordenskiöld, Staatliche Museen zu Berlin / Ethnologisches Museum, Berlín

que participan del esfuerzo extractivo como picadoras que acompañan a sus parejas a la selva para recolectar el látex, o con mayor frecuencia oficinan de vendedoras, tejedoras, cocineras, lavanderas o personal doméstico que cuida los ‘pequeños detalles’ de la domesticidad de las barracas -lo cual en definitiva parece más previsible-, o hasta vendiendo su cuerpo; pero también, como advertimos en el reporte de Craig, encargándose eventualmente de un proceso tan esencial como el reclutamiento de la mano de obra. Como veremos, todas estas mujeres no eran ajenas a la lógica extractivista que moldeaba la experiencia gomera en las barracas y



Figura 12 India hilando. 1908-11. Foto: Emil Bauler.
Fuente: archivo privado Wolfgang Wiggers, Ottersberg

eran pocas, de hecho, las que lograban eludir el penoso ‘encuentamiento’ que solía condenar a los trabajadores nativos y extranjeros a una deuda casi endémica.

2.3 Uniones sin papeles

En las barracas amazónicas, la mayoría de las mujeres son criollas, mestizas o indígenas. Emulando a San Jerónimo, Ciro Bayo las llama ‘esposas sin boda’ y, en efecto, en las crónicas de la época aparecen calificadas como ‘amantes’, ‘mancebas’, ‘queridas’, *bushwives* (esposas de monte) y hasta ‘odaliscas del barraquero’:

La población del Madre de Dios no pasa de 2.500 almas, incluyendo los salvajes reducidos [...] El hogar propiamente cristiano no existe, y el sentimiento de moralidad está casi perdido entre la gente común. La mujer está en la degradación pagana. Suelen traerlas de los pueblos de Santa Cruz y Mojos y distribuirlas a los peones que no las tienen, como cualquier mercadería. Algunas mujeres salvajes recientemente traídas de sus aduares han merecido también esta *honrosa distinción*. (Paz 1895, 57; énfasis en el original)

Como para no dudar de la representatividad de este tipo de informaciones, el coronel británico Percy Fawcett nos ofrece otro testimonio notable:

El administrador de la barraca Santa Rosa era un francés, de buena familia, que se consolaba de la monotonía de la vida con su harén de cuatro hermosas indias [...] nos detuvimos en la barraca de un indio tumupasa llamado Medina, que había hecho fortuna con el caucho. En este lugar inmundo, Medina tenía una hija que era una de las indias rubias más hermosas que he visto: alta, de rasgos delicados, pequeñas manos y cabello rubio y sedoso. Suficientemente hermosa como para adornar una corte real, esa niña espléndida estaba destinada al harén del administrador de Santa Rosa, languideciendo como quinto miembro del serrallo del emprendedor francés. (Fawcett 1954, 135)

Para completar el cuadro, Ciro Bayo (1927, 301) rememora el ‘harén’ de su empleador, el célebre cauchero Nicanor Salvatierra, quien al parecer tenía tantas amantes como doncellas hermosas criadas en su barraca, repleta de mujeres indígenas que picaban la goma: «Toda niña araña núbil y hermosa pertenecía, por derecho de pagnada, al señor de la barraca».⁴ Encargado en la barraca San Pablo de llevar la contabilidad de las bolachas que se exportaban a Pará y a la vez oficiando de jefe de policía y juez de paz de la colonia, Bayo toma notas sobre la vida cauchera y refiere asimismo que Salvatierra jamás tomaba a las hijas de los colonos cruceños sino sólo a las muchachas indígenas. Describe a Salvatierra como un hombre gentil, amable y de buen trato con los peones, salvo cuando surgían problemas con alguna de sus concubinas: si alguna sufría abuso (de otros) de cualquier tipo, el culpable era puesto en el cepo y azotado.

En ocasiones, algunas indígenas hasta lograban abandonar la propia selva. Desde 1893 hasta 1902, el explorador francés Eugène Robuchon recorre el Madre de Dios y toma una esposa cavineña en

⁴ Es posible rastrear casos similares en el Putumayo peruano, como en el relato del comerciante británico Joseph Woodroffe, que evoca una habitación llamada ‘El Convento’ en la cual dormían únicamente las concubinas de los trabajadores gomeros: «Naturalmente, estos arreglos rara vez se basan sobre un auténtico afecto mutuo ni buscan una domesticidad genuina. Muy raramente se consulta a la mujer por sus deseos, y se le ordena ir a las instalaciones del hombre que tiene permiso para tomarla. Se desprende fácilmente de ello que la joven indígena, si comete alguna falta, tenga poco respeto por su amo, pero un miedo muy real por su látigo» (Woodroffe 1914, 137-8). El tristemente célebre cónsul Roger Casement reporta asimismo la historia de un capataz en La Chorrera: «Le dieron nueve mujeres diferentes como ‘esposas’ en momentos diferentes en las varias estaciones en las que sirvió. Cuando un empleado ‘casado’ de esta manera dejaba la estación en la que trabajaba para ser transferido a otro distrito, a veces se le permitía llevar a su esposa india, pero a menudo no» (Informe de Roger Casement del 31 de enero de 1911, cit. en *Libro Azul Británico* 2011, 60).

el río Inambari: María Margarita Hortensia Guamiri. La elección de la muchacha parece tener eco en criterios sociales muy difundidos en esa época, que distinguían a los pueblos indígenas según su procedencia étnica y los jerarquizaban en categorías más o menos aceptables para integrarse a la vida 'civilizada' (Córdoba 2015b, 194-6).⁵ Una serie de informes describe el bautismo, la comunión y el posterior traslado a Poitiers de la exótica esposa, así como también las referencias al matrimonio en la prensa francesa que cubría las conferencias científicas del viajero:

Hay que escuchar a nuestro explorador mismo contar cómo, cuando descendía el curso de uno de los afluentes del río Amazonas, percibió una joven de la antigua raza americana que parecía buscar refugio; cómo le dirigió la palabra en la lengua de los salvajes, cómo le ofreció protegerla y ayudarla a encontrar a su familia y su tribu [...] Ella se mostró tan inteligente y dedicada que *monsieur* Robuchon no dudó en hacerla su compañera para el resto de su vida y se casó con ella [...] Ella nos ha parecido grande y fuerte; no está desprovista de gracia en su traje todo europeo y, si bien sus rasgos difieren un poco de la raza caucásica, su figura no carece de encanto y respira bondad. La tribu cahivas [cavinás], a la cual pertenece, es conocida por la dulzura de sus costumbres y carácter.⁶ (Robuchon [1907] 2010, 32-3)

No es tan distinto lo que refiere Percy Fawcett (1954, 94) cuando describe la historia de un comerciante alemán que protagoniza una suerte de Pírgamo amazónico:

El propietario de un floreciente negocio en Riberalta, un alemán, adquirió una joven salvaje, la educó en Alemania y se casó con ella. Varias veces tomé el té con ellos y no sólo la encontré encantadora, sino también de muy buenos modales. Hablaba cuatro idiomas, se había adaptado perfectamente a su posición y era madre de una familia agradabilísima.

El mismo caso mereció la atención de Ciro Bayo (1911, 317; énfasis añadido):

⁵ En el mismo sentido podemos entender las descripciones maravilladas de las indígenas baures (llamadas «modelos de estatuas de terracota flexible») que proporciona Marius del Castillo (1929, 177): «Son más felices: nunca falta un 'gringo' que las rescate y las trate bien; casi todos los extranjeros que viven en las regiones del norte y noroeste de Bolivia, [las] tienen por 'compañeras'».

⁶ Para una historia más completa de María Margarita Hortensia Guamiri, ver la introducción de Juan Álvaro Echeverri a la crónica amazónica de Robuchon ([1907] 2010). Robuchon desaparecería en circunstancias pocas claras en 1896, mientras trabajaba para el famoso barón cauchero Julio César Arana.



Figura 13 Mujeres de la región de la bahía del río Madeira. 1908-11. Foto: Emil Bauler.
Fuente: archivo privado Wolfgang Wiggers, Ottersberg

El tipo araona es agraciado, de esbeltas formas y cutis bastante limpio. Las doncellas, sobre todo, son muy apetitosas. Vestidas a la europea, en nada desmerecen de las cruceñas, en concepto de algunos aficionados del Beni. *En las barracas son las odaliscas del barraquero; en Riberalta he visto más de una mujer araona casada canónicamente y convertida en excelente ama de su casa.* Un comerciante alemán había llevado una de estas indias a Europa, la hizo educar en un colegio, casó después con ella y puedo asegurar que por su educación y cultura es toda una señora, de las más señoras que conocí en el Beni.

Sin embargo, todo indica que estos casos de integración eran excepcionales. Otros testigos registran con mayor detalle la coexistencia cotidiana con las indígenas barraqueras. Una de las mejores fuentes disponibles al respecto es sin dudas el libro del cauchero suizo Ernst Leutenegger. Como muchos otros jóvenes extranjeros, con apenas veinte años y un contrato para trabajar en la compañía Suárez Hermanos de Cachuela Esperanza el joven suizo se embarca en El Havre en busca de aventuras: trabaja seis o siete años en Bolivia, regresa a Europa y se casa en 1914 con Esperanza, la hija de su empleador, el famoso barón gomero Nicolás Suárez (Córdoba 2015a). Su libro de



Figura 14 Indias baures. 1900.
Fuente: Historische Fotos
aus Bolivien, Instituto
Iberoamericano, Berlín

memorias solamente abarca las impresiones de sus primeros años en Bolivia pero tiene un valor excepcional porque, además de poner en escena una observación casi etnográfica, es una de las pocas crónicas que registra los nombres y apellidos de los trabajadores barraqueros. Reporta por ejemplo que Alfredo Ulmer, uno de los administradores de Cachuela Esperanza -quien de hecho lo había reclutado en Europa para trabajar en el caucho-, convivía

con una indígena alta y guapa que había hecho traer del río Iténez. Se llamaba Espíritu y, como amante del jefe, reinaba de manera absoluta sobre la población de Cachuela Esperanza. Los europeos se sacaban el sombrero delante de ella y sonreían con sumisión. Reinaba en Cachuela como Madame de Pompadour lo hizo en la corte francesa. (Leutenegger [1940] 2015, 240-1)

Pero no sólo eso. Leutenegger no tiene reparos en describir su propia y accidentada historia de amor con una trabajadora indígena:

Mi lavandera se llamaba Rosalía. Lavaba bien la ropa y nunca exigía demasiado de mí. Era alta y esbelta. Años antes, su marido la había golpeado así que ya no tenía dientes delanteros. No sólo lavaba



Figura 15 *Mujer baure*. 1909. Fuente: colección N. Erland Nordenskiöld, Staatliche Museen zu Berlin, Ethnologisches Museum, Berlin

mi ropa sino que yo también la cortejaba [...] Un día Rosalía lloraba tanto que me partía el corazón. Le pregunté el motivo y dijo que la mandarían como cocinera a Villa Bella. Monté en cólera; un cuarto de hora después hablé con mi jefe y, al día siguiente, me transfirieron las deudas de Rosalía: ahora ella era libre y me pertenecía. (241)

Cuando el suizo es destinado como administrador a la barraca Almendros, en el río Geneshuaya, lo acompaña Rosalía. Pero las cosas

no terminan bien cuando ella se toma atribuciones que Leutenegger juzga excesivas al comportarse como ‘patrona’ o ‘mujer del patrón’:

No es que ella hubiera cambiado el sencillo *tipoy* (túnica) de las indígenas por la blusa y la falda, como hacían muchas indígenas cuando vivían con un europeo [...] Un cierto grado de tolerancia por mi parte tuvo un efecto pernicioso, y cuando un día un criado me llevó la contraria con la respuesta: “La patrona doña Rosalía ordenó otra cosa”, pronuncié mi primera amonestación seria. Rosalía supo escurrir el bulto algunas semanas hasta una segunda y última amonestación, que incluyó la instrucción de empaquetar sus cuatro cosas y prepararse para el primer vapor que apareciera y la llevara de regreso a Cachuela Esperanza. (310)

En el ocaso del romance, Rosalía contrata los servicios de una bruja para propiciar el retorno del amor del suizo, y el hechizo es descubierto debajo de la almohada del destinatario nada menos que por unas hormigas voraces que encuentran

un atado de cabello negro, paja de arroz, dientes de caballo, un escarabajo, todo envuelto en papel con cuatro bolsitas de sal, arcilla roja, una rana muerta, uñas cortadas, granos de café y un ala seca de murciélago. (312)

Llorando desconsoladamente, Rosalía reconoce su responsabilidad, pero de todos modos es enviada a trabajar como cocinera en Cachuela Esperanza.

2.4 Hijos de la selva

Cuando Leutenegger llega a la barraca Almendros convive por un tiempo con el administrador saliente, el alemán Juan Calzow, quien según los directivos en la sede de la empresa estaba ‘perdido’: «Ya no se siente a gusto entre los europeos, no quiere regresar a la civilización: se ha vuelto un nativo» (Leutenegger [1940] 2015, 262). Al repasar las deudas de cada trabajador de la barraca, Leutenegger se encuentra con Luisa Yanamo, una mulata de tez oscura, hija de padre negro y madre indígena, que era la pareja de Calzow. El alemán no da rodeos: «Deje que se vaya, es mi mujer o cocinera o lo que usted quiera» (283). Sin embargo, cuando llega el momento de la partida de Calzow a la ciudad, Luisa no parte: Calzow salda su deuda con la empresa para que ella sea libre de irse o quedarse, pero finalmente sólo lleva consigo a su hijo, Juancho, al que ella despidió entre lágrimas. Luisa decide permanecer en la barraca trabajando como cocinera y, al poco tiempo, contrae nuevas deudas. El nuevo administrador resuelve el problema casándola con un

joven indígena muy trabajador, que se hace cargo de la deuda: «De modo que ella nuevamente era libre y sólo tenía que ayudar gratuitamente en la siembra, en la cosecha y la gran limpieza de la barraca» (283).

Hans Hauschild era otro trabajador alemán que se desempeñaba como almacenero en jefe de Cachuela Esperanza y era muy estimado por su carácter alegre y jovial. Sin embargo, tuvo la desgracia de caer bajo los hechizos de Espíritu, la mujer de Ulmer, quien en una fiesta los sorprendió *in fraganti*: el desliz le valió a Hauschild la rescisión del contrato antes de tiempo y el regreso a Alemania sin boleto pago. Al parecer Hauschild también tenía una mujer indígena en la sede comercial, la pequeña Melchora, con quien tenía un hijo de dos meses. Al despedirse en el puerto con Melchora llorando su partida imprevista, el alemán toma un puñado de libras de oro de su bolsillo y se lo entrega a Leutenegger (260): «Tome, ayude un poco a la chica y, si el niño muere de la fiebre, escríbame a Hamburgo». El pequeño, efectivamente, murió a los dos años de edad.

Los casos referidos nos obligan a reflexionar sobre el destino de los hijos que muchas veces producen las uniones de caucheros y mujeres locales en los confines de la selva, sea en las barracas o bien en los poblados periféricos. A primera vista, lo que se advierte en los archivos parroquiales es la previsible diferencia que suele marcar el sacerdote que celebra y registra el bautismo: además de anotar el nombre y el apellido, la residencia y fecha de nacimiento de cada criatura, consigna si se trata de un 'hijo legítimo' (aquel reconocido por un padre que le da el apellido)⁷ o si se trata de un 'hijo natural' (por lo general inscripto en soledad por la madre).⁸ Pero, más allá de esta distinción oficial -al fin y al cabo esperable en una sociedad católica de fines de siglo XIX-, observamos que la eventual residencia junto a los padres es el factor que por lo general termina pesando para definir la identidad étnica del niño. Nuevamente recurrimos a los casos citados por Leutenegger, quien nos ofrece dos ejemplos representativos de la diversidad de las trayectorias y posibilidades. En el primer caso tenemos al alemán Hans Calzow quien, a pesar del llanto de la madre nativa, resuelve llevarse

7 Por ejemplo: «N.º 2. En el año del Señor mil ochocientos noventa y siete, a los cinco días de febrero, bauticé a Lorenzo Beyuma, de dos años de edad, hijo legítimo de Víctor Beyuma e Isidora Zepa. Para que conste firmo: Fr. Henri Philippe» (Vicariato Apostólico de Pando 1894-1916, 2).

8 Por ejemplo: «N.º 65. En Ibon del río Beni, ante el altar portátil, el 17 de septiembre de 1915, yo el infrascripto sacerdote de la Compañía de Jesús, bauticé solemnemente, puse óleo y crisma a una niña nacida en este dicho lugar, el año mil novecientos once, cuyo mes y día se ignora, a quien di el nombre de Petronila, hija natural de María Jesús N. (1) y de padre desconocido. Fue su madrina Hortensia Graverol de Suárez a quien advertí el parentesco espiritual y la obligación de enseñar la doctrina cristiana que contrajo. Certifica: Simón García Sanz (1) No hubo modo de averiguar el apellido de la madre» (Vicariato Apostólico de Pando 1915-18, 19).



Figura 16 *Niños cavinas*. 1914. Fuente: colección N. Erland Nordenskiöld, Staatliche Museen zu Berlin, Ethnologisches Museum, Berlín

al niño a Europa. El segundo caso es el de otro trabajador alemán, Hans Hauschild, quien, cuando debe regresar a Europa, opta por dejar atrás tanto a su concubina Melchora como asimismo al pequeño que ha tenido con ella.

Los archivos documentales contienen otros casos de nacimientos de hijos de ‘matrimonios sin papeles’. Así, Franz Ritz tiene un hijo con una pobladora de Ixiamas que es criado por su familia materna en dicha localidad sin más contacto ulterior con su padre o siquiera conocer la lengua paterna. En el caso inverso, sabemos que un



Figura 17 *Indias tacanas, Beni, Bolivia. Sin fecha. Postal. Sobre n.º 1.*
Fuente: archivo privado Hecker Rojas, Riberalta

colega de Leutenegger en la Casa Suárez, el alemán Eugen Gomringer, también tiene un hijo con una pobladora de la región y se lleva al niño para criarlo en Alemania, dándole la ciudadanía e incluso un futuro como afamado poeta (Córdoba 2015a, 27-41).

Por último, sin provocar ningún dilema étnico, tenemos a los hijos nacidos de progenitores nativos en las barracas. Leutenegger consigna las penurias de las concubinas Luisa, Melchora y Rosalía, madres de hijos reconocidos por caucheros extranjeros. Pero también reporta en un pasaje el caso de Heremegilda, mujer de Deudato Duri, un indígena que trabajaba bajo las órdenes del suizo en la barraca Almendros. Heremegilda ayudaba a su marido a picar goma, y ambos marchaban al amanecer hacia las estradas de árboles de goma con un pequeño machete a la cintura. Por la tarde, Heremegilda se encontraba con su marido para transportar los dos baldes de leche que había sacado de sus trescientos metros de árboles y comenzar juntos el proceso de ahumado. Estando embarazada, durante su último mes de gestación, jamás cambió esa rutina hasta un día en que su esposo la vio regresar temprano: «Hoy no he podido traer toda la leche de goma, pero te he traído un hijo; llegó de pronto debajo de un gomero» (Leutenegger [1940] 2015, 304). Asombrado, Leutenegger le pregunta cómo hizo para dar a luz sola en el bosque:



Figura 18 Pacahuaras. Fuente: colección Richard Wegner, Deutsche Fotothek, Dresde

“Con ése ahí [pequeño machete] he dado a luz sola a todos mis hijos. Al Deudato siempre lo mando fuera cuando siento que ha llegado el momento; ¡pues no se necesita un hombre para estas cosas, no se necesita nada más!” A Heremegilda ni se le ocurría venir a la barraca a recuperarse; iba a sus árboles, cargando al recién nacido sobre el pecho en una especie de hamaca, y acarrea la leche de goma de su viaje diario por los malos senderos de la selva, ¡de ocho a diez kilómetros cada día! (304)

Finalmente, la pluma de Ritz también nos ofrece algunas escenas de la vida cotidiana en el matrimonio siringuero y algún dato complementario sobre la crianza de su descendencia:

La vida familiar de los indígenas es muy intensa. El hombre está orgulloso de su mujer y la mujer está orgullosa de su marido. Los niños son educados con el así llamado “cariño animal”, pero se los educa bien. Por la tarde, alrededor de las cinco y media, el hombre regresa a casa del trabajo. El saludo cariñoso entre el marido y la esposa no es habitual. La mujer le descuelga al hombre el fusil, toma el hacha y machete y guarda las herramientas de trabajo en el sitio acostumbrado. Toda la familia va al río a bañarse. (Ritz [1934] 2015, 83)

2.5 Guías en las exploraciones

La vertiginosa expansión económica hace que, además de la migración masiva, se produzca una suerte de explosión fundacional de poblados, fortines, misiones, aduanas, barracas y puertos. Paralelamente a la aprobación de las leyes que regulaban la colonización del territorio, se concreta así el proyecto de poblar un espacio casi desconocido, cuyo paso previo había sido una serie de exploraciones, expediciones cartográficas y prospecciones hidrográficas destinadas a describir y conocer lo que hasta entonces era despreciado como un universo inhóspito y salvaje. En este contexto, resultaba vital asimismo mejorar o crear una infraestructura de comunicaciones más moderna y eficiente, con caminos confiables, ferrocarriles y navegación de vapor.⁹

Muchas de las comitivas que buscan documentar el potencial económico de la selva amazónica son seculares, como las de José Manuel Pando, que en 1892 emprende la exploración del río Beni y su confluencia con el Madre de Dios a fin de formar una «colonia industrial» (Pando 1897, 25). También hay expediciones que llevan adelante por su cuenta caucheros como Timoteo Mariaca ([1909] 1987) y Víctor Mercier ([1894] 1981) en busca de nuevas tierras con árboles de goma, cuyos resultados publican detallando las rutas, los peligros y los ríos de la región. Otras expediciones eran emprendidas por religiosos como fray Nicolás Armentia, misionero franciscano del Colegio de Propaganda Fide de La Paz que durante el mismo lapso recorrió exhaustivamente los ríos Beni, Madre de Dios, Orthon, Tahuamanu y Manuripi. Sin dejar de lado la estrategia republicana de demarcación limítrofe, un observador sagaz como el franciscano aprovechaba la oportunidad de obtener información de primera mano sobre la hidrografía, la flora y la fauna locales, y asimismo sobre las diversas tribus indígenas que habitaban la región. Las expediciones de Armentia contaban con el patrocinio económico del gobierno boliviano, así como también con la logística en el terreno prestada por diversos actores caucheros: Antenor Vázquez, los hermanos Suárez, Antonio Vaca Díez, etc. (Villar 2020).

Pero, una vez más, lo que nos interesa rescatar de esas expediciones es el papel de las mujeres en ellas. El primer caso que podríamos mencionar es el relato que publica Timoteo Mariaca al explorar la selva del norte boliviano para la Casa Richter. Mariaca parte de Irupana en compañía de Luis von Atcken, Juan Salvatierra y dieciséis mozos más, y desembarca en San Buenaventura. A primera vista no parece que hubiera mujeres en la expedición; pero, sin embargo, luego de una terrible inundación, Mariaca anota que manda a una

⁹ Ver Roca 2001; Córdoba 2015a; Villar 2020.

delegación de cuatro muchachos araonas y dos mujeres cavineñas al Alto Abuná, a fin de contactar a otras tribus indígenas que los pudieran aprovisionar de alimentos (Mariaca [1909] 1987, 12). También consigna que, en la comitiva que parte hacia Acre al mando del coronel brasileño Antonio Labre acompañado por su propio socio Víctor Mercier, además del personal expedicionario marchan como cargadores ayudantes de la tribu Capa, Manuela Quiñay y Juana Bautista Coamiri (20). En noviembre de 1887, asimismo, escribe que, cuando Mercier regresa de Acre tras explorar los afluentes del Abuná, entre su comitiva figuran los acompañantes «Santos Cortez, Anastasio Racua, Epifanio Quino, Gregorio Chapunari, Francisco Dura, Enrique Cano (los dos últimos eran bárbaros) y las mujeres Tomasa Inje, Eloisa Quiñajati, Candelaria Ticatu y María Sava» (23).

Un segundo ejemplo que pone de manifiesto la presencia femenina en las expediciones exploradoras son los prolíferos escritos del mencionado Armentia, quien suele detallar el nombre de sus guías y acompañantes. Armentia recorre durante casi diez años la mayoría de los ríos del norte boliviano dejando trazada gran parte de la hidrografía local y a la vez recopilando valiosa información sobre la lingüística y la cultura de las sociedades indígenas. Así, entre 1881 y 1886, se dedica a recorrer los ríos Madre de Dios, Beni, Orthon, Madidi, Madera y Mamoré, mientras diversas instituciones y conocidos financian la publicación de sus hallazgos. En la misión de Cavinatas conoce a otro franciscano, el padre Ciuret, quien le presenta a una indígena pacaguara del Madre de Dios, María Manabi, que tiene parientes en Mamorebey sobre el río Beni, y se ofrece para hacer de intérprete y de guía (Armentia 1883, 20). En su segundo viaje a este poblado, Armentia (40) lleva como guías a Francisco Divico y otra mujer, la pacaguara Arabi, dado que María había muerto de fiebre en la selva. Arabi deja a su hijo de seis años a cargo de Avelina Guardia, la mujer del cauchero Antenor Vázquez, para seguir al fraile en su viaje. En otro pasaje de sus diarios, Armentia anota que utiliza a otra indígena pacaguara llamada Ini, hermana de Arabi, que para entonces también había muerto de malaria en el río Beni. La pobre Ini, como sus antecesoras, estuvo casi al borde de la muerte, pero perdió a un hijito pequeño al regresar a la selva a buscar los manuscritos lingüísticos que Armentia (73) había extraviado en una expedición anterior: «La infeliz lo enterró sola, cavando la tierra con las manos, ayudada de algún palito, pues carecía de todo». Arabi había sido una de las principales informantes a la hora de compilar la información de esos vocabularios, y el religioso consigna que ella lo ayudó a documentar casi doscientas palabras en la lengua pacaguara.

El papel de baqueanos, lenguaraces o guías en las expediciones de las mujeres indígenas no es nuevo, sino que se replica a lo largo de los diferentes viajes y exploraciones que por la misma época



Figura 19 Emilia Bickel de Hecker. Sin fecha. Álbum n.º 5.
Fuente: archivo privado Hecker Rojas, Riberalta



Figura 20 Dana Merrill e indígenas caripunas, Cachuela Tres Hermanos. 1909.
Fuente: colección Dana Merrill, Biblioteca Nacional Digital de Brasil



Figura 21 Fábrica de chicha en Baures. 1900.

Fuente: Historische Fotos aus Bolivien, Instituto Iberoamericano, Berlín

recorren otros rincones desconocidos del país.¹⁰ Con la guerra del Acre (1899-1903), llegan por primera vez al Beni y a las crónicas regionales las rabonas acompañando al ejército boliviano. Feichtner escribe en su diario que, a mediados de 1898, llega desde La Paz el primer batallón de infantería en vísperas del conflicto y junto a los soldados observa un séquito de mujeres que eran «verdaderos animales de trabajo» (Feichtner [1897-1915] 2013, 49). Estas mujeres eran encargadas de lavar, remendar y cocinar para los militares, manteniendo siempre en orden las armas y los uniformes, pero no sólo eso, ya que –si hemos de creer las observaciones del alemán– incluso llegaban a aprovisionar a las tropas en pleno combate:

Armaban el campamento y durante las luchas llevaban la munición de reserva hasta la línea de fuego. Conocí un caso en que una de esas rabonas llevó munición hasta su grupo bajo una intensa lluvia de tiros habiendo recibido una medalla por su coraje –y con razón. (49)

10 Así, por ejemplo, podríamos mencionar a las llamadas ‘rabonas’ de las expediciones colonizadoras al Chaco boreal: pocas veces mencionadas en las crónicas oficiales, estas mujeres eran sin embargo acompañantes invisibles pero indispensables de la tropa, «participan también, al lado de los soldados, en las expediciones militares al Chaco boreal. Ahí, la rabona difiere un poco de su colega peruana: no pelea ni se adelanta a la expedición, recibe paga al menos en algunos casos y, sobre todo, es generalmente esposa o concubina de algún soldado. Pero su trabajo de cocinera, lavandera o enfermera es el mismo, y los mismos también los peligros, las penurias y las fatigas que soportan» (Combès 2020, 148).

2.6 Sobre la violencia cotidiana

Más allá de la masculinización narrativa del imaginario gomero, más o menos naturalizada por los testigos de la época, otra de las constantes que atraviesa visiblemente a las fuentes del período es la violencia: una violencia crónica, omnipresente, casi endémica que, como ya hemos comenzado a comprobar en algunos de los testimonios compilados, por lo general termina afectando a las mujeres.

Como en muchas otras regiones de frontera, en la jungla amazónica prevalecía de facto la llamada 'Ley del 44':

La jeringa dominaba corazones y conciencias. Era la impunidad, el libertinaje y la audacia. Ante ella enmudecían los códigos y se doblaban las autoridades, como dominadas por un sortilegio. En ese *far west* de Bolivia –que era el imperio de la goma–, encerrado en el cuadrilátero de aquellas grandes arterias fluviales del Beni, el Madre de Dios, el Acre y el Madera, se ha dicho más de una vez que sólo regía el artículo 44, o sea el calibre de la carabina Winchester. (Coimbra [1946] 2016, 45)

Decir que ese Estado hobbesiano era tan generalizado como aceptado en el universo cauchero no es algo nuevo. Lo que aquí nos interesa, más bien, es explorar cómo afectaba esa violencia a las mujeres caucheras en los diferentes contextos de su existencia. Podríamos comenzar con un caso menor, casi cotidiano, de la vida en las barracas:

Cierto día un indio, que acostumbraba a ser bastante bueno, rompió el brazo de su mujer estando borracho. Envié a la mujer al médico en Riberalta mientras que el bruto llevó 400 latigazos en su trasero. Más tarde ambos se volvieron buenos amigos míos y me hicieron padrino de bautismo de su primogénito. (Feichtner [1897-1915] 2013, 55)

Sin embargo, esta anécdota podría llevar a pensar que se trataba de una eventualidad excepcional, provocada por la borrachera. En realidad, diversos matices de violencia incidieron en las vidas de las indígenas raptadas para conformar la mano de obra barata de la industria, o bien de las mujeres que trabajaban voluntariamente en las barracas o estradas gomeras junto a sus parejas, o también en las de aquellas que, por alguna u otra razón, las recorrían como testigos ocasionales, por no hablar de las mujeres que debían prostituirse para sobrevivir o hasta entregar sus hijos a un destino que desconocían pero que intuían no obstante como más positivo para ellos. En casi todos los casos, estas mujeres componían el eslabón más débil de una cadena de agresiones de los más diversos tipos, y de la cual –como comprobaremos– nadie estaba completamente a salvo más allá

de su edad, clase, nacionalidad o condición étnica. Comencemos repasando un caso comentado por Percy Fawcett (1954, 85):

En 1896, un importante funcionario del gobierno boliviano viajaba por el Beni en compañía de su esposa e hijastra, cuando fue atacado por los guarayos. Huyeron hacia la canoa y, en el pánico, olvidaron a la mujer en el campamento [...] La dama quedó en poder de los salvajes durante años, hasta que fue encontrada accidentalmente por una expedición esclavista. El jefe de ésta la restituyó al marido, junto con cuatro niños semisalvajes, cobrándole 300 libras por el servicio. Mientras tanto, el marido se había casado con la hijastra, y la impresión de volver a ver a su mujer le causó la muerte.

También eran muy frecuentes los ‘crímenes pasionales’, de los cuales podemos mencionar dos ejemplos. En el primer caso, se trata de un trabajador siringuero que asesina por celos a su mujer, mientras que en el otro es el marido francés quien mata a su esposa y a su patrón, con el cual ella lo engaña. Una vez más, es Leutenegger quien, en su carácter multifacético de patrón, juez, testigo y verdugo de la barraca Almendros, relata el asesinato de la siringuera Juana a manos de su esposo Nicolás García, que en un ataque de celos le disparó a quemarropa acusándola de serle infiel. Se salvó de milagro la hijita de diez meses que Juana tenía en sus brazos –que a la postre sería adoptada por el propio suizo–, mientras que el asesino era apresado y esposado. Leutenegger reporta el suceso a la casa central de la firma, toma numerosos testimonios en la barraca para que los testigos cuenten su versión de los hechos y espera que alguna autoridad llegue a impartir el veredicto. Al mismo tiempo, confiesa que le atrae la idea de ajusticiar personalmente al asesino para no ser percibido como ‘débil’ por sus trabajadores; pero, siendo extranjero, tampoco termina de decidir cuál sería el mejor camino para hacerlo. Sin embargo, anticipándose a su dilema, el hermano de la víctima deja cerca del asesino un fusil cargado para que éste se suicide, y así lo hace:

De mi informe cuidadosamente redactado, que mencionaba hasta el último de los detalles sobre el asesinato y el suicidio de Nicolás García, ni siquiera recibí un acuse de recibo por parte de las autoridades competentes en Riberalta. Probablemente pensaron que el asunto había tenido una solución oportuna cuando García se ejecutó a sí mismo. No se interrogó a los testigos, y todas las declaraciones escritas firmadas con tres pequeñas cruces sin duda aterrizaron en la papelera de algún juez mundano. (Leutenegger [1940] 2015, 355)

El otro caso fue mucho más famoso, e incluso motivó artículos en la prensa nacional, informes diplomáticos a nivel internacional y hasta una novela. Se trata de la esposa de Frédéric de Menditte (Córdoba,

Villar 2015). El matrimonio francés había sido contratado para trabajar en una barraca del río Madidi a las órdenes de un compatriota, Albert Mouton, famoso por su disposición violenta. Mouton envía a un puesto lejano al marido y toma como amante a la joven. En enero de 1896, Menditte irrumpe en el comedor de la barraca, donde Mouton almuerza con la mujer de la discordia, y lo mata a tiros. Y luego, cuando la joven francesa se abalanza sobre el amante caído, también la asesina. Pero esta vez no debemos depender de testigos porque es el propio Menditte (1896, 37) quien lo confiesa:

Viendo la imposibilidad de salir y estando seguro que si quedaba en la barraca sería víctima de Mouton y de mi señora, me dejé llevar por un acto de desesperación y, agarrando mi rifle, me fui recto al comedor, donde Mouton estaba comiendo con mi familia y sus tres empleados y lo baleé. Los tres empleados prudentes se retiraron de mi vista; sólo quedó mi señora que se botó sobre su amante compadeciéndolo y eso me exasperó tanto, que tuvo el mismo fin. Después he recogido mis cuatro hijos y me he entregado preso para ser juzgado.

El caso alcanzó una notoriedad casi inmediata. Calificando irónicamente a Mouton como 'pionero de la civilización', Erland Nordenskiöld ([1924] 2001, 412) escribe: «Su vida fue una novela policíaca de asesinos y terminó cuando el marido de su amante le disparó y lo mató». Como dato curioso podemos agregar que varias crónicas de la época reportan la presencia del asesino en la cárcel de Riberalta. Ciro Bayo (1927, 273) anota:

Los soldados del coronel tenían dos presos bajo su custodia: un francés que mató a un barraquero que le había violado su mujer, francesa también; y un mono encadenado en uno de los bancos del patio.

El escritor español da la impresión asimismo de que no había demasiada voluntad en Riberalta por juzgar a Menditte. Parece, incluso, que luego de un tiempo el francés pudo escapar de la cárcel y nada más se supo de su vida.¹¹

Podríamos incluso esgrimir la hipótesis de que la violencia que envuelve a las mujeres tal vez sea, precisamente, una de las causas por

¹¹ La información de los juzgados brasileños permite comprobar que, en la frontera del país vecino, la situación no era distinta: «Muchas historias que comenzaron con intensa pasión terminaron en tragedia. Ocurrían frecuentemente crímenes pasionales en las plantaciones de caucho del Amazonas, y tal hipótesis se justifica por los numerosos casos encontrados en el almacén del *Forum Enoque Reis* en la ciudad de Manaus, que son documentos seguidos de solicitudes de hábeas corpus, hechas por los abogados de los acusados, en muchos de los cuales se trata de exonerar a los acusados, alegando legítima defensa del honor» (Lopes Lage 2010, 107).

las cuales la historiografía silencia o invisibiliza la participación femenina en el escenario extractivo. Menditte escribe una novela en forma de descargo en la cual da a conocer públicamente los sufrimientos padecidos por él desde su contratación en 1890 a manos de Mouton, y el texto no escatima en detalles sobre los días, las fechas, los diálogos referidos a la deuda que contrae, las ofensas recibidas o los castigos a él y a otros empleados: lo único que no consigna en su escrito es el nombre de su mujer.

Al finalizar su historia, sin embargo, Menditte se preocupa por añadir un epílogo en el que detalla con nombre y apellido casi cuarenta casos de injurias, castigos y muertes protagonizadas por Mouton durante los cinco años que estuvo bajo sus órdenes. Además de los usuales engaños en el enganche y de los métodos tortuosos destinados a incrementar la deuda de las víctimas, los relatos desbordan de deserciones de los trabajadores y sobre todo de balazos, latigazos y castigos corporales. Las víctimas provienen de La Paz, San Ignacio, Reyes, Tumupasa, Trinidad o Ixiamas, pero también, lo que es más llamativo, de España, Suiza, Francia, Italia, Perú, Bélgica, Chile y Norteamérica. Pese al castellano torpe del autor, a la posibilidad de distorsiones y exageraciones y a que en última instancia resulta imposible deslindar con total nitidez los hechos objetivos de la composición de una parte involucrada en un proceso legal, el texto constituye una fuente significativa porque, más allá de la propia historia trágica de su autor, recoge otros casos de problemas con mujeres que dejan entrever tanto la forma particular de su inserción en la industria como las diversas gamas de la violencia que teñía cotidianamente sus vidas:

Encarnación Hualale. India de San Ignacio, contratada por el señor Federico de Menditte para bajar al Madidi el 12 de diciembre de 1891, dejar gente de Mouton y regresar a Reyes. Llegó Mouton el 20 diciembre y atajó al señor Menditte, lo mismo que su criada Encarnación. Cuando ésta pidió su cuenta, queriendo retirarse de la casa, como no tenía contrato ni deuda, Mouton la cargó a su cuenta 80 bolivianos más o menos pagados a doña Manuelita. Esta señora no recibió nunca esta suma, porque Encarnación no le debía nada.

Manuela Samanai. India reyesana, sin contrato. Trataba con el empleado Eusebio Guibert y los pedidos hechos por Guibert de la tienda fueron cargados a la cuenta de la mujer. Además, como no debía nada, cargaron a su cuenta 80 pesos más o menos, como pagados a don Rodolfo Zeballos su patrón y le hicieron firmar un contrato, reconociendo esta deuda. La india no debiendo nada, don Rodolfo Zeballos no reclamó ninguna cuenta; de consiguiente la casa Mouton no pagó nada.

Ildefonsa Cayuva. India trinitaria. Fue encerrada en la cárcel del Madidi 40 noches porque temía Mouton que se huyera.

Aburrida, se huyó el 2 de diciembre de su cárcel y fue alcanzada a un torno y medio de la barraca. A pesar que esta mujer estaba embarazada de seis meses, Mouton le hizo amarrar las manos y la castigó con 250 azotes, más la golpeó malamente a puñetes para hacerla declarar cosas que ignoraba y de miedo la india declaró todo lo que exigió Mouton. En un año, aparece en su cuenta 58 pesos de multa. (Menditte 1896, 45-6)

María Salinas. India reyesana. Bajó al Madidi con el finado Pio Espinosa, sin tener contrato con Mouton. Compró una máquina de coser con la mesa enteramente rota y remendada con alambre, y le cargaron en su cuenta 150 bolivianos, cuando en el Beni estas mismas máquinas se vendían nuevas a 150 pesos. Para pagar esta cantidad, María Salinas hace costuras por la casa y le pagan 60 centavos por la hechura de una camisa y 40 y 60 centavos por la hechura de un pantalón. (48)

Dolores Chimai de Navi. India isiaméña. Por motivo que su marido se huyó, Mouton la encerró en la cárcel del Madidi, con sus hijos durante tres meses y medio, con centinela armada de día y de noche. Los dejaba salir sin ser escoltados 10 minutos en la mañana y 10 minutos en la tarde, hasta que el intendente del Beni tuvo conocimiento de este abuso y ordenó que pongan en libertad a la india. (54)

Muchas veces no hace falta, ni siquiera, que el abuso adopte una modalidad violenta: así como el anónimo patrón francés se apropia de las bellas hijas de Medina, o Mouton de la esposa de Menditte, sabemos que muchos caucheros tomaban amantes entre las mujeres de sus subordinados. Leutenegger ([1940] 2015, 278) lo sugiere con cierta elegancia al referirse a uno de los gerentes de Cachuela Esperanza, don Frank: «De vez en cuando al marido de alguna indígena no le quedaba otra que cerrar ambos ojos, pero don Frank siempre apaciguaba los celos con palabras apacibles o mano generosa». Muchas veces, incluso, ni siquiera la frontera del incesto constituía un límite para los ardores sexuales:

Don Nicanor Vaca vivía con su familia metido en el remoto extremo del Madre de Dios. Cada año, infaliblemente, la mujer le daba un hijo. Así nacieron Elías, Primitivo, Genoveva, Nicéforo, Tristán, Zósima y Estefa. Cada cuatro años iba al pueblo y bautizaba cuatro niños. Cuando vinieron los tres últimos -Rosendo, Dionisia y Anselmo-, ya Genoveva estaba moza, la madre murió de un nuevo parto -el undécimo-, y Elías y Primitivo debieron ir a Villa Bella, dejando al viejo solo en el monte con los menores. Al cabo del siguiente año, don Nicanor tuvo otro hijo: la madre era Genoveva. (Coímbra [1946] 2016, 47)



Figura 22 *Tumupaceña, Reyes-Beni-Bolivia. Sin fecha. Postal. Sobre n.º 1.*
Fuente: archivo privado Hecker Rojas, Riberalta



Figura 23
India Tacana, Beni-Bolivia. Sin fecha. Postal. Sobre n.º 1.
 Fuente: archivo privado Hecker Rojas, Riberalta

Josef Feichtner, en cambio, opta por explicar estos casos por medio de una óptica más desapasionada que entrecruza las variables étnicas y de clase: en las barracas gomeras, nos dice, las mujeres eran una minoría y por lo tanto un recurso escaso. Es por eso que, cuando el precio de la goma aumenta, produjo la inevitable migración en masa de mujeres de Santa Cruz de la Sierra, Cochabamba y La Paz:

Quien quisiese quedarse con una joven o mujer de esas, pagaba su pasaje, sus gastos y era considerado casado de hecho por el tiempo de sus vidas en común. Ella era una esposa negra y podía participar de pequeños bailes. Pero el área de trabajo de la esposa negra era la cocina, el dormitorio y el cuarto de costura que se acostumbraba tener. En este último ella recibía las visitas de las amigas. Pero nunca comía sus alimentos con su marido en la mesa,



Figura 24
India de Magdalena. 1900.
Fuente: Historische Fotos
aus Bolivien, Instituto
Iberoamericano, Berlín

ni siquiera si de esa vida en común hubieran nacidos hijos. Se trataba de una ley no escrita pero casi nunca quebrada. Si el hombre perdiese el empleo era su obligación indemnizar a la esposa negra con un valor adecuado y que le permitiese abrir un pequeño negocio, una pulpería. En la mayoría de las veces ella cambiaba de manos y ninguno encontraba nada ofensivo en eso. Al final no estábamos en una posición de estar tan orgullosos -y después de dos o tres combates de fiebre o una disentería de varios años de duración- las personas se relajaban y se volvían completamente dóciles. (Feichtner [1897-1915] 2013, 56)

